

Santa Rosa de Osos, naturaleza, territorio y Estado³⁸. ¿Un caso exitoso de participación política en el Proyecto Minero San Ramón?

Andrés Carmona Toro*

Presentado: agosto 11 de 2017 – Aprobado: septiembre 2 de 2017

“¡Oh, el viaje a Santa Rosa, sobre oro edificada!”

Porfirio Barba Jacob

Hace varios siglos, cerca al Río Porce que nace del beso acaudalado del Río Medellín y el Río Grande, habitaba una comunidad indígena de lengua chibcha. Era el norte de Antioquia del año 1541, cuando el capitán conquistador español Francisco Vallejo dijo haber descubierto el Valle de los Osos. Pasaron menos de cien años para que en 1636 fuera fundada como poblado por orden del Rey Felipe IV de España, al descubrirse por los colonizadores las grandes reservas de oro que yacían en el sub-

38 Este artículo es producto del proyecto de investigación formativa terminado “Mink’a Democrática” del Observatorio de Derecho Constitucional de UNAULA, en la línea de investigación Constitucionalismo Crítico y Género, de la Facultad de Derecho de la misma universidad. Contó con la participación de la docente Carolina Restrepo Múnera (coordinadora) y los estudiantes Andrés Carmona Toro (investigador principal), Laura Cristina David Gómez, Luis Miguel García Correa, Juan Sebastián Giraldo Villegas, María Susana Zapata, Juanita Zuluaga y Elizabeth González García (investigadores auxiliares). El proyecto fue desarrollado a lo largo del calendario académico del año 2016, y el desplazamiento al municipio de Santa Rosa de Osos, para el trabajo de campo en el estudio del caso, se llevó a cabo del 14 al 18 de noviembre del mismo año.

* Abogado de la Universidad Autónoma Latinoamericana -UNAULA, estudiante de la Maestría en Educación y Derechos Humanos de la misma universidad. Miembro de La Tertulia y el Observatorio de Derecho Constitucional, también de UNAULA.

suelo. Era el génesis del éxodo de los Nutabes que tenían ancestralmente sus raíces en lo profundo de aquella tierra de la que fueron desplazados a causa de la pandemia ornamental.

Casi quinientos años después, el primero de julio de 2015, Sostenibilidad Semana publicó un artículo donde se preguntaba si el Proyecto San Ramón era un ejemplo de minería responsable en el país, pues tras veinte años sin que fueran inauguradas nuevas minas, por fin se daba luz verde a un proyecto cuyo proceso de licenciamiento se dijo que estaba basado en la transparencia y la construcción de consensos entre la empresa Red Eagle Mining Company y la comunidad.

Esta noticia generó inquietud. Primero, porque la explotación de oro es lo que justifica la fundación misma de Santa Rosa de Osos como municipio —que se llamó así solo desde 1811—. Segundo, porque en pleno auge de tensiones sociojurídicas como el desarrollo y un ambiente sano, la nación y la autonomía territorial, el interés general y la identidad cultural, haber alcanzado un consenso con la comunidad en ejercicios de participación política era un hecho sin precedentes.

Resultaba irresistible saber de qué manera había sido posible configurar los espacios de discusión entre una multinacional extranjera y los santarrosanos, cuál había sido el ideal normativo defendido por el Estado o la empresa minera en el ejercicio democrático, o qué tan efectiva e incisiva había sido la participación ciudadana para la toma de las decisiones públicas en el Proyecto Minero San Ramón.

La noticia fue, a primera vista, la perenne reminiscencia circular de la historia: quinientos años después llega una vez más un nuevo poder extranjero, ya no militar sino económico, ya no en nombre de la divinidad y la realeza sino por autoridad de la Constitución y la ley, ya no haciendo uso de la represión y la fuerza sino del consenso, pero con el mismo propósito de remover más tierra —en este caso mil toneladas por día—, para extraer el oro y obtener las mayores utilidades posibles, con el fin de recuperar las multimillonarias sumas que hasta ese punto una persona natural o jurídica debe invertir en títulos, licencias, infraestructura, fuerza de trabajo e implementos de dotación.

Era necesario ir hasta el lugar. La revisión documental era apenas útil para plantear el problema y trazar hipótesis, pero las prácticas realizadas, los discursos estructurados y las interacciones simbólicas solo podían ser precisadas si eran observadas y estudiadas a partir de las relaciones o representaciones hechas por la misma comunidad en su propio contexto. Y así fue.

Descendimos del otro lado de las murallas del Valle de Aburrá que custodia al norte el pueblo de Donmatías. Al pisar suelo de Santa Rosa de Osos se levantó el aroma a libertad que perfuma las montañas entonadas por Epifanio Mejía y que encendió hace más de cien años la vida inspirada de Porfirio Barba Jacob. Un lugar donde en el atardecer el sol se baña de cobre, en la lluvia el cielo se tiñe de plata y del subsuelo de la tierra germina el oro.

En la plaza principal, de la mano del escultor antioqueño Rodrigo Arenas Betancourt, erguida como una llama ondeando al viento, yace el monumento Alegoría del Ave Fénix y el poema “Futuro”, donde reposa una parte de las cenizas de Barba Jacob —la otra está en Ciudad de México, donde murió—, y en una placa escrito el poema *Canción de la vida profunda*, que no en vano melódicamente proclama que “vale más el oro del sonido, que el sonido del oro”.

Era un panorama de ensoñación, de una bruma mágica que al respirar produce alucinaciones. Estábamos inmersos en la *Parábola del retorno*: “Señora, buenos días; señor, muy buenos días... Decíme, es esta granja la que fue de Ricard?”³⁹, preguntando con inquietud vespertina de *Árbol viejo* para qué sirve todo, frente a paredes trémulas de una *Acuarimántima* solo con empatía tan difíciles de vencer, pero con el ánimo de oír el silencio de la noche y de sentir la fiebre de la tierra, de auscultar en los más íntimos secretos del seno de un pueblo sobre el significado de sus vínculos con la naturaleza, el territorio y el Estado.

Recorriamos las calles estrechas de cementos roídos por el tiempo, con placas en casas que decían ser los hogares de cuna de personajes ilustres, sabiendo que teníamos que cumplir con la disciplina del reloj para asistir a las entrevistas acordadas previamente con algunos actores políticos y sociales de Santa Rosa. Asombrados ante la belleza como quien nunca antes la ha podido ver, inmersos en las dinámicas diarias por el lapso de una semana en que debíamos abarcar la mayor cantidad de información posible, aprovechando cada oportunidad donde las relaciones sociales para la subsistencia de un municipio se ponen en marcha, como comprar pandequesos o usar un medio de transporte, con la finalidad de comprender esa conversación íntima entre la invención del “Otro” y la propia identidad.

39 Poema “La parábola del retorno”, Porfirio Barba Jacob.

Santa Rosa de Osos, ubicado a 65 kilómetros de Medellín, llamado el Atenas Cultural de Antioquia por sus altos valores históricos, naturales y culturales; de economía agrícola y agropecuaria como afirman con seguridad la mayoría de sus poco más de 36 mil habitantes; de comercio de tomate de árbol, papa, lulo, uchuva, frijol; se llenó de recelo y desconfianza cuando corría el año 2012 –aunque algunos dicen que 2004, otros 2009, 2011 o ya no saben cuándo–. Camionetas brillantes, costosas, elegantes, con cantidad de personas con máquinas e instrumentos extraños de muchos botones y cables, llegaron a distintos puntos del pueblo con sus documentos y trajes, perforaron con sus aparatos el suelo y extrajeron variedad de muestras de la tierra.

Así nos contó haber vivido Rodrigo Castaño, nacido en 1964 en aquel territorio ancestral sin indígenas, como lo llama él, cuando luego de heredar unas tierras de sus antepasados en la vereda Guanacas le dio vida en el 2007 a la Fundación Guanacas Bosques de Niebla, una entidad sin ánimo de lucro que, en calidad de propietaria, ejerce en un noventa y nueve por ciento actividades de protección sobre las aproximadamente novecientas hectáreas que posee, cuyos bosques son una estrella de agua con alrededor de ochenta nacimientos en forma circular que sirve de ecosistema a infinidad de animales, plantas y otros seres que en su conjunto hacen del silencio un murmullo sordo que canta a la Naturaleza y la Vida.

Rodrigo se puso en acción. La comunidad estaba sobrealerta, la administración atendía preguntas y reclamos, entonces las Fiestas del Atardecer que se celebran en Santa Rosa fueron el escenario adecuado para promover opinión. Entre carrozas, desfiles y danzas una multitud de estudiantes y docentes salieron a las calles disfrazados de mineros vestidos completamente de negro, significando luto y alzando pancartas que exclamaban que el oro no se come y la minería destruye.

“Emancipamos todo el pueblo”, dijo Rodrigo en tono reflexivo. De carácter aparentemente firme, yacía sobre la silla ligeramente inclinado hacia adelante, reubicada por él tantas veces hizo falta para incorporar al círculo a todo aquel que advirtió su llegada. Con sus manos resueltas en ademanes que siguieron sus palabras, disminuyó la velocidad de su exposición y, sin cambiar el tono de su voz ni su fuerza, se adentró a lo profuso de sus pensamientos para compartir cierto instante de su vida en la que cuestionó el rumbo de sus acciones, y si construir un santuario natural cobraba para él algún sentido. Las respuestas que halló en otros fueron desde la insignificancia y el utilitarismo, pero como un hombre que se describe de lenguaje y problemas etimológicos y epistemológicos, decidió seguir adelante. No hay marcha atrás, dijo para sí.

Sin embargo, para Rodrigo la minería no es el principal enemigo del ambiente. Con el objeto de sembrar cultivos o abonar pastos para bovinos, agricultores y ganaderos arrasan potreros enteros “echándole un fósforo” –como dice él–. Hecho que lo tiene convencido de que son estas prácticas el peor enemigo de la Naturaleza, pues incitan a industrializar la producción y amenazan el carácter sostenible del desarrollo económico en el campo.

De nuevo en Santa Rosa, conociendo previamente que el canal comunitario había hecho cobertura al proceso de licenciamiento del Proyecto San Ramón, así como al Cabildo Abierto realizado en el año 2014 y a alguna de las visitas del embajador de Canadá –país de origen de la multinacional– al municipio, nos desplazamos hasta sus instalaciones. Afuera, un edificio de al menos cuarenta años, esterilizado por el frío acogedor y la bruma de los días, de color blanco con azul y un mensaje con aerosol rojo en la pared como fiel portavoz de un sector del pueblo: DEAD EAGLE.

Después de subir hasta el tercer piso, sentados, recibiendo la amabilidad de todo aquel que subía o bajaba los peldaños, esperábamos la llegada del coordinador del canal. Al comienzo, según dijo, hubo mucha oposición de los habitantes al Proyecto. Mario, el coordinador, de tez blanca, alrededor de treinta años y comunicador social de profesión, se expresaba con la serenidad asidua del municipio, con un lenguaje que parecía meditado al consignar palabras precisas, ajenas a los juicios y con la imparcialidad de quien solo difunde lo que oye y ve.

La primera vez que el canal tuvo contacto con el asunto fue al recibir la inquietud de los mineros tradicionales de veredas como Playa Larga, San Ramón y otros, de donde estaban siendo desplazados debido a la mega minería que, de acuerdo a la información que maneja Mario, explotará alrededor de 50.000 onzas de oro al año.

Como consecuencia del rechazo generalizado –continuó–, hubo varias movilizaciones en las que participó gran parte de la comunidad, pero poca proveniente de las áreas rurales. Estas acciones eran en buena medida promovidas por un grupo de jóvenes dedicados a actividades de defensa y sensibilización sobre el patrimonio, quienes comenzaron un proceso de reuniones o manifestaciones por diferentes medios. No obstante, esta percepción fue cambiando, en cuya labor incidió la administración municipal de aquel tiempo y los trajines del lenguaje técnico con que resulta más sencillo convencer.

El colectivo de los *peludos*, como les dicen despectivamente unos y cariñosamente otros, son los jóvenes que conforman el círculo del Pueblo Tiene el Poder

(PTP), un grupo dedicado al desarrollo cultural y social del municipio. Fundado en 2012 como respuesta a la llegada de la multinacional canadiense, su acogida fue favorable, en principio, al cuestionar el valor del ambiente y el territorio. Rodolfo Restrepo, un estudiante de artes plásticas de la Universidad de Antioquia, de veinticinco años, tez blanca, uno ochenta metros de altura, contextura atlética, ojos claros, cabello corto y barba densa y oscura, pertenece a este grupo. Aquel día vestía una chaqueta color gris, una sudadera negra ancha y botas color café. Era el día anterior al encuentro con Mario, a eso de las cuatro de la tarde cuando ya el cielo se sonroja por la visita de la noche.

Estábamos en el patio del canal comunitario, de piso de cemento y cielo destapado que los edificios y las paredes en ladrillo alrededor oscurecían. Una huerta le daba vida y a esa hora el sol se filtraba por la única esquina sin muros, apuntando directamente a las sillas plásticas color blanco en que nos hallábamos sentados. “Nuestro propósito no es mover masas torpes sino masas pensantes”, expresó Rodolfo con su mirada fija y la claridad y contundencia con la que hablaba.

En el año 2013, en colaboración con el senador Jorge Robledo, habían realizado un foro ambiental en el casco urbano del pueblo, con la finalidad de abordar la problemática minera que se avecinaba. Esta fue la primera ocasión en que el municipio tuvo la posibilidad de enterarse masivamente de la llegada de la empresa canadiense y el Proyecto San Ramón. Para los años 2014 y 2015, las dinámicas económicas en Santa Rosa de Osos —explica Rodolfo— se vieron afectadas por la demanda de productos y servicios requeridos por la multinacional, aumentando poco a poco el poder adquisitivo de los pobladores y de la administración municipal. En versión de Rodolfo, si para el año 2013 estaba en vilo la celebración de las Fiestas del Atardecer por falta de recursos públicos, en el año 2014 el ochenta por ciento de las fiestas fueron patrocinadas con dineros de la multinacional.

Este y otros factores de influencia económica por parte de la empresa minera —continuó Rodolfo—, provocan que el PTP empiece a perder terreno en la favorabilidad social de la que gozaban, pasando a ser llamados *fanáticos* y *problemáticos*. En las Fiestas de 2014 participaron con algunos actos culturales de la programación, pero debido a sus mensajes en contra de la minería fueron bajados de las tarimas. A percepción suya, este acto se debió a órdenes directas impartidas por los directivos de la multinacional que patrocinaron las festividades.

El 14 de noviembre de 2014 se realizó el Cabildo Abierto en el municipio para abordar la temática ambiental. El objeto no era exclusivamente el eje minero, sino que abarcaba otras dinámicas económicas que también afectan el ecosistema en Santa Rosa de Osos, como los monocultivos de tomate de árbol, pino pátula, papa y producción lechera. El Cabildo fue una propuesta promovida por el PTP y apoyada por el Concejo Municipal, pero para Rodolfo fue un fracaso. Toda la discusión se canalizó al tema minero, pues actores importantes en la cuestión ambiental como la empresa Colanta, las Empresas Públicas de Medellín con su proyecto energético Río Grande, la compañía maderera Tablemac y los cultivadores de tomate de árbol o no fueron invitados o no asistieron al debate público, por tanto el encuentro se aglomeró con funcionarios y expertos contratados por la multinacional para hablar y defender su enfoque económico.

De la celebración de este Cabildo se concertó que por parte de la administración municipal se iba a ejercer control y veeduría de la mina. Sin embargo, sostiene Rodolfo, la Alcaldía y los entes gubernamentales como Corantioquia no poseen capacidad técnica y logística para supervisar las actividades de la compañía canadiense. Esto le llevó a afirmar que el impacto de la minería en los bolsillos de los habitantes convierte a los ciudadanos en sujetos apartados de la vida política que prefieren no alinearse con una u otra posición, pues de hacerlo resultan seriamente afectados. La población —nos dijo— no quiere asumir la realidad, ello conlleva a que sea pobremente participativa en los temas políticos, lo que contextualiza en el panorama colombiano.

Ese mismo día, a la misma hora pero en otro lugar de Santa Rosa, Jhony Asdrúbal López, director de la Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria (UMATA) y quien ejerce materialmente funciones de primera autoridad ambiental en el municipio —bajo subordinación de la alcaldesa actual—, sobre el Cabildo y el PTP dijo lo que a continuación merece ser transcrito por el valor de su testimonio:

“...nos tocó ver una discusión desde los jóvenes de bachillerato, de segundo y tercer semestre de carreras profesionales: un grupo de jóvenes que se sentaron a iniciar el debate contra gente que tiene cuarenta años de experiencia, topógrafos, biólogos, todo lo que usted quiera que puede contratar una mina de estas... había una discusión totalmente desequilibrada en ese sentido. Cuando a vos te ponen un experto biólogo de treinta años a defender un proyecto de estos y vos con tu conocimiento lo querés abordar vas a perder la pelea. Desafortunadamente fue como se dio la discusión, nunca se dieron los espacios

donde nosotros con gente con experiencia viniera a decir por qué sí o por qué no, siempre fue una guerra desigual en ese sentido y la realidad es que el impacto ambiental en el municipio de Santa Rosa medido como impacto de este tipo de explotación en socavón no lo conocemos, ¿sí me entendés?, porque nosotros estamos acostumbrados a la minería a cielo abierto y al impacto que genera la minería a cielo abierto...”.

Jhony nació y creció en Santa Rosa, y nos cuenta que desde pequeño le tocó ver cómo hacían el proceso de batición, en una época donde todavía no se medía el impacto ambiental de los metales pesados en el agua. Reconoce la tradición minera del municipio, por allá en las veredas Malambo y Playa Larga donde todavía hay minería artesanal en un contexto familiar. Es decir, “no es una cosa de que todos los días trabajan veinticinco o treinta mineros, no, es una cosa de que una familia, el papá y el hijo, se meten por allá de vez en cuando porque está malo el negocio de la lechería o está malo el negocio del tomate o la papa”, puntualizó Jhony.

En ese sentido, el impacto ambiental a cielo abierto era mínimo. Pero cuando hablaron de megaminería en Santa Rosa, “todo el mundo se imaginó un Cerrejón [...], se imaginaban una retro allá sacando tierra”. Entonces —continuó Jhony—, cuando ellos dicen que “este modelo es diferente”, y en sus presentaciones exponen los beneficios de la mina San Ramón y dicen que no es a cielo abierto, los ánimos de una parte de la comunidad bajan, “aunque la inquietud ambiental siguió en el ambiente y estos pelaos que han venido defendiendo su concepto de lo ambiental siguen haciendo campañas y participan activamente como grupo”.

En el contexto de un plan nacional de desarrollo llamado “Colombia país minero”, Jhony sostuvo que el municipio no participó en las decisiones adoptadas sobre el Proyecto Minero San Ramón. Afirmó que los títulos los otorga el Ministerio, y la licencia ambiental se obtuvo porque el impacto va a ser en un territorio muy reducido del municipio, donde resulta muy complejo medir la pérdida del recurso hídrico, y el Río Grande que surte el cuarenta por ciento de agua de la ciudad de Medellín no está en esa zona.

“[...] efectivamente, la Red Eagle vino a socializar un proyecto de explotación minera, pero nunca dijo venga conciliemos a ver cómo lo vamos a hacer. Ellos vinieron a decir ‘ya está, nosotros ya tenemos la concesión, es más, ya tenemos el aval de Corantioquia en el tema ambiental’, nosotros no tuvimos

la posibilidad de sentarnos a mirar si ese impacto ambiental (el que decía la Red) sí era efectivo, si se iba a hacer, cómo se iba a hacer un seguimiento, no; ellos dijeron ‘nosotros tenemos los títulos’ [...]. El trabajo de los muchachos que hacían la defensa de la parte ambiental era demostrar que iba a haber una afectación ambiental, pero ellos (la Red) ya lo tenían claro, que la afectación ambiental la iban a compensar, ellos ya habían diseñado el plan de manejo ambiental y ya se lo habían mostrado a la Corporación (Corantioquia), y ya estaba en trámite, es decir, ellos ya sabían cómo defender el impacto ambiental, en cambio, nosotros desconocíamos el impacto ambiental, entonces no teníamos como ese equilibrio para defender”.

Para Jhony, si bien el túnel se extenderá por 27 kilómetros a un máximo de 250 metros de profundidad, lo que puede generar una pérdida importante del recurso hídrico, coincide con Rodrigo Castaño de la Fundación Guanacas en afirmar que “en Santa Rosa hay problemas más grandes que la mina”. De las 81.000 hectáreas que tiene el territorio —nos dijo—, hay 61.000 en pasto para alimento de ganado; 1.500 en tomate de árbol, cuyos dos millones de árboles se fumigan cada ocho días con agroquímicos nivel uno, y cada árbol de tomate necesita entre uno y dos palos *tutores*, por lo que puede imaginarse cuánta madera se extrae para ello.

De nuevo el miércoles, salimos del encuentro con Mario en el canal después de las cuatro de la tarde, creyendo en la benevolencia del tiempo y en toda la interacción que se podía generar en lo que restaba de luz del día. Caminamos hacia la Basílica de Nuestra Señora de las Misericordias, izada al pie de dos enormes vacíos que hace muchísimas décadas fueron minas de oro a cielo abierto, en los que hoy queda escasa vegetación y algunos escombros en el difícil relieve de uno, y una cancha de fútbol con una pista de atletismo en el otro.

Con dudas de poder ingresar al templo por hallar las puertas cerradas, Anderson*, sacristán de la Iglesia, al vernos afuera nos abrió e invitó a ingresar. Atravesamos aquel pórtico color pastel, allí un área de ochocientos metros cuadrados y veintiséis metros de altura se abrió ante nosotros. Quizá sintiéndonos pequeños ante la divina inmensidad y algunos andamios por reparaciones internas, nos quedamos cerca a la puerta. Construida desde 1950 por el obispo de la iglesia católica Miguel Ángel Builes —que defendió la concepción del liberalismo como pecado al considerarlo esencialmente malo—, le fue concedida el título de Basílica Menor por el Papa Pablo VI en 1968.

Era miércoles, y la cripta donde reposan las cenizas de los habitantes del pueblo y las figuras religiosas de la diócesis, ubicada debajo de la iglesia, solo la abren los sábados. Aun así, con la reciprocidad de una generación que se abre a la liberación del pensamiento, nos aventuramos a bajar. La estructura de la Basílica está construida de tal modo que cada uno de los cuatro arcos ojivales que la componen, se encuentran exactamente alineados con un punto cardinal. La entrada apunta al Norte y las escaleras que llevan a la cripta conducen por un amplio mirador por el Occidente. Eran casi las seis de la tarde, asentíamos a la celebración de las fiestas del atardecer con un ocaso nublado entre rosado y naranja.

“A veces me gusta venir aquí solo”, compartió Anderson mientras abría el candado de la reja para entrar a la cripta. “Se siente tanta tranquilidad que es posible quedarse pensando todo el día; el frío casi ni se siente”. Al ingresar, un manto de silencio ensordece de manera inverosímil el agitado frío de la vida con la quietud acogedora de la muerte. En nuestro recorrido entre más de 4.200 restos –como los del pintor antioqueño Salvador Arango– subyace un numen reflexivo, que reconoce lo indescifrable y necesario de algunas preguntas sobre lo inmaterial.

Anderson, de veinte años de edad, quiere ser seminarista. Apacible y de voz tranquila, habla con propiedad de los asuntos públicos y la historia del municipio. “Al principio hubo mucha oposición del pueblo a la mina, en especial de un grupo de jóvenes”. Se refiere al Pueblo Tiene el Poder (PTP). Entre piezas breves de historia que va incorporando en la conversación, Anderson reconoce en el PTP su condición de líderes y de promoción de la participación y divulgación de la información relacionada con el Proyecto. Le duele que una multinacional extranjera perfore la tierra donde nació y creció para llevarse sus riquezas, dejando impactos que por más mitigables nunca serán reparables. No duda en afirmar, desde su propia vivencia, que la voz de la comunidad no incidió en los alcances del proyecto, y que espera que la empresa cumpla con el manejo ambientalmente responsable.

Con la luz del cielo desvaneciéndose con mayor rapidez, el párpado de la noche cayó con lentitud. El Mojicón abría a las seis. Y ya eran más de las seis. Allí nos esperaba don Julio, a quien le habíamos anunciado nuestra visita. Era un lugar de unas siete mesas adornado con historia en sus paredes: fotos, cuadros, artesanías, sombreros, guitarras, botellas. Si el lugar estaba atiborrado o no también sería objeto de conversación. Nos sentamos en la barra y pedimos tres rones con limón, al que echaríamos de a sobrecito de miel comprados previamente, más un aguardiente para

él —que es el que le gusta—, pero hubo que esperar. Al otro extremo de la barra, don Julio atendía a don Hernando y don Jaime, dos de sus viejos amigos.

Por fin, con el frío mitigado por la melaza de la caña, don Julio compartió su percepción del problema. La mina le genera incertidumbre: “debajo de Santa Rosa eso está lleno de oro” —dijo—. “Una vez ellos empiecen a cavar el túnel quién sabe pa’ dónde cogen”.

Pasado un rato llegó don Gustavo. De chaqueta oscura, brazos generalmente cruzados, mirada penetrante, sonrisa amena, voz empática y elocuencia envolvente, picó más melaza de caña a la conversación. Naturalmente nuestra inquietud ávida podía generar suspicacias, y al oír tanto él como don Jaime y don Hernando las preguntas con las que buscábamos guiar la conversación, fuimos derrotados por la audacia del nuevo interlocutor. Con sutileza se apropió de la palabra y cambió los roles. Prontamente estábamos nosotros contestando sus preguntas, pero respondiendo con franqueza y mirada sincera para que se pudiera sentir la bondad de nuestras intenciones. Y la noche anduvo y anduvo...

Don Hernando, tal vez el más longevo, de ruana y sombrero, tez pálida y cabello rubio, ojos claros pero opacos por el tiempo, en medio de sus palabras cortas y lentas nos dijo que visitaríamos a Carmen, que era muy amable y nos atendería en un momentico, que le dijéramos que habíamos hablado con él. A primera hora del día siguiente estuvimos en su oficina, era una mañana de esas plateadas, fría y lluviosa. María del Carmen Roldán es la alcaldesa del municipio. Se encontraba en una reunión, así que esperamos un tiempo al calor de una taza de tinto ofrecida cándidamente. El encuentro fue breve, advirtió que tenía que marcharse a otra reunión. Compartió ejemplos que denotaban la responsabilidad social y ambiental de la mina, y en general una percepción favorable sobre el Proyecto.

Más tarde, ese mismo jueves, nos dirigíamos al área de influencia de la mina. Íbamos en un campero rojo y blanco de la década del setenta. Nos acompañaba don Orlando, quien lo conduce hace veintidós años y a quien le calculamos por sus historias —porque no quiso decir su edad— más de sesenta años. Manejó con la misma parsimonia con la que camina y se expresa, en una especie de armonía con el viento que aquel día fue constante. Sus respuestas, inquietudes y preocupaciones respecto a la mina ya las habíamos escuchado de otras bocas. Pero cuando hablaba del vínculo con el territorio lo hacía desde un corazón cargado de la nostalgia de los años. Siendo el único que mencionó la palabra patria, que sea una multinacional extranjera

llevándose las riquezas de su tierra tampoco pasó inadvertido en sus palabras. No obstante, cuenta con agrado que se benefició mucho del proceso de exploración: fueron tantos los trabajos y las visitas de ingenieros y geólogos, que el servicio de transporte se movió bastante.

Y así transcurrió el día. Recorrimos las veredas Playa Larga, San Felipe, San José de la Ahumada, La Cejita, Ventiadero, San Ramón y Mortiñal. Esta última completó nuestro propósito de ver a través del “Otro”, un otro abstracto llamado el pueblo de Santa Rosa de Osos; era su memoria histórica, pero nada ajena a nuestra realidad colombiana que exige sentirla como propia. El 7 de noviembre de 2012, en la finca La Española, dedicada al cultivo de tomate de árbol, diez campesinos fueron encerrados en un cuarto de herramientas donde se hizo detonar una granada. La masacre fue atribuida a un grupo paramilitar, y cuando se pregunta sobre los hechos todavía un frío emudece el corazón. Pero eso también, aunque trágico, hace parte de Santa Rosa.

En San Ramón queda el socavón. Desde antes del viaje al municipio buscamos por teléfono, email y tierra contactar con la multinacional. Sentimos –todavía– que este texto sin la perspectiva de la REM está incompleto, pero si bien nos habían advertido que incluso el director de la UMATA y Corantioquia como entes de control necesitan agotar unos protocolos para poder ingresar, nada perdíamos con intentarlo. Llegamos a una primera portería, y con sospecha el de seguridad preguntó por nuestro destino. Además de los carné, llevábamos una carta de agradecimiento suscrita por el Rector de la Universidad y el Decano de la Facultad por la colaboración que nos fuera prestada, pero ingresar no fue posible. Recomendó que intentáramos en la siguiente entrada, pero al llegar nos recibieron en la puerta con papel y lápiz indagando nuestros nombres completos y números de cédula –por instrucción del jefe de seguridad, agregó después–. Dimos la información que creímos suficiente y emprendimos la marcha.

En la vereda La Cejita, cerca de un centro educativo dotado de wifi y que posee una placa deportiva construida por la Red Eagle Mining, se puede ver en distintos puntos de la Institución y al pie de la vía el eslogan de la empresa. A diez minutos de la mina, por una carretera custodiada por el ejército, está el caserío más cercano al socavón. Una comunidad que respira el mismo carisma de la gente del casco urbano y donde en cada casa se ofrece una taza con café, aguapanela caliente o un vaso de gaseosa. Todos reconocen las visitas y talleres hechos por la REM, a los que algunos se abstuvieron de asistir por considerarlos poco productivos. Era una población

inconforme y decepcionada: la promesa de que los cimientos de sus casas no se afectarían por el paso de la maquinaria y vehículos pesados por la carretera se fisuró tanto como las paredes de sus hogares. Grietas en sentido vertical y algunos hundimientos fueron por ellos reportados a la mina, pero al sol de hoy ninguno ha obtenido solución o respuesta.

Tampoco don Reinel Restrepo, quien fue presidente de la Junta de Acción Comunal de San José de la Ahumada, una vereda de 62 casas y aproximadamente 230 habitantes. Nos contó que desde que inició la explotación —a mediados de julio de 2015—, el ganado empezó a enfermarse y algunas vacas padecieron abortos. La quebrada que baja desde la mina por sus pastos antes era clara, pero desde entonces tomó un color amarillo —en lo que coincide con varios santarrosanos—. Para él —porque cree en la versión de los expertos contratados por la REM—, es a causa de la sedimentación y unos tanques que reciben la tierra extraída del túnel, y aunque desde hace meses espera a que regresen los expertos de la empresa como prometieron, acató la recomendación que le fue dada de no permitir que el ganado consuma agua del río.

En la vereda San Felipe, a unos 45 minutos del parque principal, en una casa blanca custodiada por un entorno de montañas gigantes vestidas con faldas de todos los verdes, rodeada por arbustos, flores y una casita de un perro que nos obligó a avisar nuestra presencia desde la distancia, habita la familia Zuluaga*. Una mujer de voz fuerte y segura, tez morena, baja estatura y contextura gruesa nos recibió escéptica, pero pasados unos minutos de generar empatía y explicar nuestro propósito, con fluidez y en tono de protesta compartió su historia entre carcajadas que apaciguaron la realidad que le aflige el alma. Buscábamos a su esposo, un minero artesanal que había sido mencionado en varios encuentros al describirlo como uno de tantos que, trabajando toda la vida en el mismo oficio y lugar, de repente era obligado a marcharse.

Transcurridos veinte minutos y con la esperanza de que llegara, de lejos escuchamos un motor aproximarse. Era él acompañado por otros dos hombres, todos de tez morena. De aproximadamente 45 años de edad, el señor Zuluaga se sentó en la silla de madera que anteriormente era ocupada por su esposa. Luego de una introducción, con voz firme pero amable, proclamó: “a mí no me gusta hablar con rodeos ni con las cosas que no sean ciertas”, y en medio de un caudal de sentimientos describió su historia, cómo la administración municipal y la empresa, incluso él buscándolos,

no facilitaron la posibilidad de llegar a un acuerdo, ni siquiera ofrecerle la oportunidad de formalizarse o ser empleado en la mina. La REM llegaba en nombre de la ley, exhibiendo ser la propietaria de los títulos mineros, y en ejercicio de la solicitud de amparo administrativo hacía uso de la fuerza para retirarlos del lugar.

Desde su perspectiva, en las reuniones la empresa se limitaba a contar lo que sería el proyecto, y en caso de que alguien se opusiera –lo que pocas veces ocurría pues la gente al no tener mucho conocimiento sobre el tema prefería callar–, la empresa sostenía que independientemente de todo la mina sería ejecutada. “Pero ya, ya quedamos suspendidos en el aire por decirlo así, las multinacionales nos pararon todo, nosotros en este momento estamos trabajando, pues prácticamente como se dice, como los gurres, escondidos”, puntualizó. Entretanto, al señor Zuluaga le queda la esperanza –como dijo él–, de conservar la posibilidad de extraer el sustento para su familia, un espacio en el que pueda hacer lo único que dice saber hacer: minería.

Lo cierto es que desde el 2012, año en que se puso en marcha la Línea Base Ambiental y Social –como lo denomina la REM en sus cartillas–, la empresa minera contrató a un equipo multidisciplinar para recoger todo tipo de información. Ferney Escobar Lenin, ex presidente y miembro del Concejo municipal en el periodo 2012-2015, oriundo de Santa Rosa, comerciante, deportista y empresario textil, explicó que el principal objetivo de la REM era conseguir, en un primer momento, la aprobación de la administración con el alcalde municipal, y después, de la población a través del Concejo. Ferney recuerda que el gerente de la empresa canadiense, Rafael Silva, en reiteradas oportunidades les obsequió a los concejales anquetas y regalos de toda especie, les narraba cuáles eran las intenciones de la multinacional con la comunidad y los beneficios mutuos que podrían conseguir.

La REM, cuenta Ferney, comenzó a realizar trabajos de base con la comunidad, en especial con los habitantes de la zona donde tenía los títulos mineros, identificando necesidades básicas y fortalezas en las que podrían contribuir con su desarrollo. La multinacional, estratégicamente, contactó con los “caciques políticos” del sector –como los llamó él–, para que estos de una manera u otra se alinearan con el Proyecto Minero San Ramón.

En el año 2013, el embajador de Canadá visitó el municipio para observar la zona y el avance del Proyecto que se quería realizar. Ferney comenta que personalmente habló con el diplomático, quien le explicó que la visita hacía parte de la veeduría que realizaba el Estado de Canadá a la empresa, toda vez que las acciones de esta son de

origen público, las cuales se invierten en el extranjero y retornan al país en utilidades. En la conversación, Ferney compartió que desde un principio le expresó al Embajador la inconformidad de la población con el proyecto y el rechazo a una invitación que se le realizó al Concejo, de viajar a Canadá a conocer los procesos mineros que se adelantan en ese país de manera responsable.

En el Concejo municipal hay una diversidad de posturas frente a la minería –explicó Ferney–, bien sea porque tienen intereses económicos en la misma, como volquetas y equipos alquilados –continuó–, y otros que no la apoyan porque adelantan procesos agrícolas o piensan en la popularidad electoral. Recuerda que cuando estuvo de presidente de dicha corporación, brindó la posibilidad de que los *peludos* (PTP) hicieran parte de los debates y las discusiones que se llevaban a cabo dentro del Concejo. Confesó que eran discusiones muy constructivas y enriquecedoras, ya que son jóvenes curiosos y muy activos por las dinámicas del pueblo. Esto llevó a que en un comienzo el Concejo se alinea con ellos, pero al pasar el tiempo los concejales fueron cambiando de parecer, hecho que atribuye a la estrategia desarrollada por la Red Eagle.

Sobre el control y la veeduría a las actividades de la mina, Ferney dijo que corresponde a Corantioquia y la UMATA, pero que la realidad desborda las funciones de ambos organismos por la falta de capacidad logística, humana y material. Sobre el Cabildo Abierto, comentó que su principal promotor fue el Concejo municipal. Este ejercicio democrático fue catalogado en el 2014 como el mejor Cabildo Abierto del año, por parte del Ministerio del Interior, al ser considerado como un proceso exitoso. En dicho espacio la empresa se comprometió a que la mano de obra calificada sería del municipio, y que de no ser posible recurrirían a los municipios aledaños, eventualmente a Medellín, y en su defecto al exterior.

Por último, Ferney afirmó que la llegada de la multinacional alentó la economía, los restaurantes empezaron a tener mayor demanda, los arriendos subieron, los hoteles se colmaron de mayor número de huéspedes, la demanda del servicio de transporte aumentó, la empresa inició con la población proyectos productivos, granjas y panaderías: el bolsillo del habitante de Santa Rosa se infló un poco más, creció el poder adquisitivo. Además, mencionó que la comunidad se mueve por donde tenga más interés, de lo que concluye que no es raro ver la percepción actual favorable respecto a la mina.

Un ejemplo de restaurantes que han logrado mayor demanda es el de doña Luz, de profesión administradora de empresas y con estudios en gastronomía. De seis empleados que tenía a su disposición, desde hace dos meses en que comenzó a prestar sus servicios de alimentación a la multinacional, pasó a 47 trabajadores. De aproximadamente cuarenta años, tez blanca, una hija que estudia Biología en la Universidad de Antioquia y otra que cursa Negocios Internacionales en Eafit, dice que ha utilizado la llegada de la empresa canadiense para articular distintos procesos. Nos explica que su personal está compuesto en gran medida por madres cabeza de familia y jóvenes emprendedores.

Pero hay otras historias, como la de don Gilberto, quien trabaja de vigilante en el casco urbano. Nació en Yarumal, vive solo en Santa Rosa hace diez años, no tiene familia y nunca quiso tener hijos. Vivió en Estados Unidos quince años, quebró dos veces y habita en una casa por la que paga un alquiler de 250.000 pesos. No sabe mucho de la mina o de la Red Eagle Mining, pero dice que hay muchos extranjeros –chilenos y peruanos– y gente de otras partes del país en el municipio. “Uno no sabe con quién está hablando, cuando uno menos piensa es que es de otro país”, nos compartió con su voz septuagenaria. De lo único que se queja es del frío que tiene que soportar en una silla mientras trabaja de 7:30 a.m. a 6:00 p.m. de lunes a sábado, y sabe que tiene que conseguir una casa rápido y ve a Yarumal como el destino más viable, pues la vida en Santa Rosa de Osos –sostiene–, se ha vuelto costosa. Le han pedido que desocupe la casa donde vive, ya que le harán mejoras para alquilarla por habitaciones a los mineros que han llegado y pagan mucho mejor.

Era hora de volver. Habíamos recopilado información suficiente para sentarnos a sistematizar, pero traíamos el alma “ebria de aroma de rosales y del temblor extraño que dejan los caminos”⁴⁰, con las dudas marcadas en la frente “como un perenne ardor que en el combate estéril [la] juventud inmola”⁴¹, afirmando que “dichosos los poetas porque todo lo pueden expresar”⁴². Llegamos con una tela de inquietudes, y tras hallar respuestas regresábamos con un manto de preguntas todavía mayor, con convicciones desvanecidas, certezas deshiladas y asistiendo a la comprobación de una superestructura descubierta a nuestros ojos.

40 Poema “El corazón rebosante”, Porfirio Barba Jacob.

41 Poema “Lamentación baldía”, Porfirio Barba Jacob.

42 Poema “Canción ligera”, Porfirio Barba Jacob.

Era una Santa Rosa ya sin osos y sin indígenas, pero todavía con un poder económico transnacional extranjero explotando, en nombre de una Constitución y leyes ajenas a su Estado de origen, las 557.000 onzas de reserva de oro incrustadas en el subsuelo, llevándose todo menos el uno por ciento sobre el plan de inversión, y no sobre las ganancias esperadas, que la REM se encuentra obligada a retribuir a la comunidad santarrosana. Con una mina proyectada a diez años, con una explotación continua los 365 días del año, las veinticuatro horas del día y un valor estimado en 95.874.000.000⁴³ millones de pesos que hace de las utilidades esperadas una cifra inimaginable.

La Constitución de 1886 le otorgó la propiedad del subsuelo a la nación, y aunque la Carta de 1991 corrigió aquel error histórico otorgándole la titularidad al Estado, todavía para la época en que se estableció la REM en Santa Rosa, jueces, congresistas, gobernadores y alcaldes aceptaron con silencio y sumisión las órdenes impartidas por el Gobierno, conquista social que solo cobró vigencia veinticinco años después con la sentencia C-273 de 2016, proferida por la Corte Constitucional. Luego, era jurídicamente viable pero culturalmente imposible que el Proyecto Minero San Ramón determinara su existencia y alcance, con base en consensos con la comunidad y en virtud de ejercicios de participación política.

La etiqueta de “minería responsable” se obtuvo conforme a leyes que aunque vigentes eran abiertamente inconstitucionales, pues hizo de la población de Santa Rosa, así como a su Alcaldía y Concejo municipal, espectadores de la transformación de las dinámicas y las relaciones sociales del municipio. Los llevó a aferrarse a la esperanza de que si ya no habían tenido voz ni voto en la adopción de tales decisiones públicas, por lo menos la multinacional cumpliera con el Plan de Manejo Ambiental para mitigar los daños nunca reparables, y obtener la posibilidad económica de potencializar el rumbo del desarrollo que ahora se les arrebata de las manos.

Pero la minería, como se dijo, no es el único factor de deterioro ambiental. Aunque tampoco es el propósito establecer cuál es la actividad económica que más lo afecta. El punto es que con esta magnitud de flujo constante de dinero, el municipio de Santa Rosa es interpelado por el imperativo de la globalización y de una lógica instrumental neoliberal de costo-beneficio, donde el Gobierno nacional, en nombre del

43 Datos obtenidos de la resolución 160TH-1503-11577 del 09 de marzo de 2015, por medio de la cual Corantioquia otorgó licencia ambiental a la sociedad Red Eagle Mining para la explotación del Proyecto Minero San Ramón.

interés general, prolonga la equivocada equivalencia entre el Estado y la nación, en flagrante desconocimiento de la autonomía territorial y los derechos sociales.

Sin embargo, en tiempos sumergidos en tensiones que no nos explican ni nos enseñan, y que por el contrario hacen pasar como inexistentes, ¿cuál puede ser el vínculo de la población con un Estado cooptado por intereses económicos, que lejos de ser la instancia central desde la que se configura el mundo social es apenas un espectador que posibilita las condiciones para que ello suceda, tal como comprendimos con este caso? ¿No es, entonces, la participación política un jarrón vacío ocasionalmente decorado con ojos de poeta? A lo que respondemos invocando a Neruda, que “podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”. Es Santa Rosa un pueblo alegre y humilde, y sus juventudes conscientes del invasor que habita sus tierras. La educación es el instrumento.